

La fantasma

Diego Antonio Roque Ramírez

Cuando escuché el estrepitoso sonido de un vidrio quebrándose, salí apresurado a la calle para descubrir qué estaba pasando. Al fondo del barrio había dos niños lanzando piedras a la fachada descarapelada de la antigua y desolada funeraria «La Niña». En cuanto los vi, una cólera inevitable me invadió y me les acerqué sin llamar su atención hasta que los tuve a mi alcance. Tomé a uno de los niños por la oreja y lo jalé con tal fuerza que hasta por un momento me sobresalté yo mismo, y entonces grité:

—¡Sí serán! ¡Escuincles malcriados! ¡Dejen de hacer travesuras! —mi inesperada presencia los tomó con tal sorpresa que uno de los niños se cayó de nalgas al suelo con un grito de espanto:

—¡Suélteme!, —gritó el niño al que tenía agarrado por la oreja.

—Déjelo, señor —suplicó su compañero, acongojado.

—¡Otra vez ustedes dos haciendo sus tarugadas por aquí, ahora sí verán!

—No nos pegue, por favor

—No les voy a pegar, mejor los voy a llevar con sus papás para que ahora sí les pongan una buena tunda.

—¡Por favor, no!

—Ándeles —el amigo se acercó unos pasos como con la intención de salvar a su compañero aprisionado, pero lo pensó mejor y dio un paso atrás.

—Por favor, señor, no lo volvemos a molestar.

—Ya déjenos ir.

Yo, por supuesto, no tenía esa intención, y se los hice saber con un gruñido de coraje que solté con la intención de espantarlos todavía más. Sin embargo, cuando di un paso para llevármelos a que les dieran su merecido regaño, eché un breve vistazo, como solía hacer siempre, a la pared frontal de la funeraria y me fijé en la ventana rota. Me quedé observando aquel agujero oscuro y vacío. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me erguí un poco, y entonces salió de mi boca una especie de suspiro dificultoso. Los niños todavía me estaban viendo, entre confundidos y asustados aún, esperando a que hiciera algo. Me volví hacia ellos:

—¿No quieren que los lleve con sus papás?

—¡No!

—No lo voy a hacer.

—¿En serio?

—Solo con la condición de que me dejen contarles una historia —el par de infantes se miró con un gesto de confusión—. Solo una historia —insistí.

—¿Y qué nos quiere contar, señor? —inquirió uno de ellos.

—Una historia pequeñita sobre esta funeraria a la que le estaban dando pedradas.

—¡Yo ya me la sé!

—¿De verdad?

—Allí adentro espantan, señor. ¡Sí! Nuestro amigo Jaime nos dijo que una vez se metió con su primo y que se les apareció una niña con una cobija blanca en la cabeza.

—¡Sí, es verdad! Dicen que allí vivían brujas que hacían pactos con demonios y así. ¡Mejor déjenos ir, porque ¿nomás se nos van apareciendo?!

El entusiasmo con que me contaban todo esto era muy peculiar, y luego de un profundo suspiro, en seguida negué con la cabeza:

—Eso que cuentan son solo burradas —dije—; aunque hay algo de cierto en lo que dicen. Sí se aparecen espectros.

—¿¡En serio!? —exclamaron con los ojos muy abiertos.

—Sí, pero no tengan miedo. En realidad, solo hay un fantasma en ese lugar, y solo se les aparece a algunas personas. Y a ustedes se les podría aparecer.

—¡No nos diga eso! —dijeron de pronto, muy asustados.

—¡No se asusten! No los va a acechar con una condición, y la van a comprender cuando me escuchen.

Solté al niño que tenía agarrado de la oreja. Me senté en el borde de la acera y los niños se quedaron de pie frente a mí. Al parecer ya no tenían la intención de huir como antes, pues, incluso luego de haberlos dejado libres, no se fueron corriendo como creí que harían. Luego de lo que les había dicho, estaban dispuestos a escucharme. A continuación, tomé aire, miré al cielo despejado y cerré mis ojos.

—Hace mucho, mucho tiempo, en esta funeraria trabajaban dos señores muy viejitos, dos señores que no habían tenido una vida fácil: su primer hijo se les fue al cielo apenas cuando hubo nacido. Su segundo hijo nació sano, pero era muy rebelde. Se juntaba con malos amigos que lo obligaban a fumar

cigarros y beber cerveza, ¡cosa que ustedes nunca deberían de hacer, eh! Bueno, como les decía, este niño era muy latoso para sus papás, pues a cada rato les pedía dinero para comprarse puras tonterías y ni trabajaba el muy méndigo. Hasta se salió de la escuela y se volvió bien burro porque no le gustaba hacer ni madres. Se volvió un inútil, y cuando creció más se fue a juntar con los chicos malos... Sí, esos que dicen que a cada rato andan llevándose a la gente y provocando balaceras todos los días. Son muy malos, se los digo, jamás se junten con ellos. ¿Que cómo sé? ¡No, yo jamás anduve con ellos! Lo sé porque sus disque amigos con los que andaba lo fueron a buscar, pues se andaba escondiendo en la casa de sus papás porque les debía mucho dinero. Nombre, era un completo fracasado. Por sus pendejadas lo sacaron a la fuerza de la casa y luego le metieron como cinco balazos en la espalda. Para que no se anden juntando con esas gentes, ¿eh? ¿Me entienden? Bueno, pues ya han de saber que, aunque los hijos de uno sean tarugos, siempre se los ama. Por eso los viejitos que trabajaban en esta funeraria se pusieron muy tristes cuando su único hijo les fue arrebatado. ¿Ustedes quieren a sus papás? ¡Nunca los hagan pasar semejantes penas, pues! Bueno, estos señores se volvieron más viejos aún, y nadie sabe por qué, pero un día la señora se embarazó de nuevo, y resultó que los dos iban a tener otro hijo. ¡Qué barbaridad! La sorpresa se la llevaron más aún cuando se enteraron de que era una niña la que esperaban y que después había nacido bien sana. Era una niña muy bonita y muy inteligente, y se sacaba muy buenas calificaciones en la escuela. Sus papás estaban muy orgullosos de ella. Luego de todas las angustias que pasaron, al fin tuvieron a la hija que siempre quisieron. Pero lo malo fue que esta niña había nacido muy tarde, y tuvo papás que podrían haber sido sus abuelitos, y por eso se quedó huérfana muy pronto, casi a la misma edad de ustedes. ¿Saben lo que significa ser huérfano? Pues sí, se quedó solita cuando tenía apenas unos nueve o diez años, y lamentablemente no tenía a ningún otro familiar que la cuidara. Sus padres le heredaron todo lo que habían ganado de la funeraria, y la funeraria misma, esta que está acá atrasito de mí, la que estaban apedreando. Le dije-

ron a la niña que hiciera lo que ella quisiera y sintiera que fuera lo mejor. Entonces la comenzaron a cuidar los mismos señores del pueblo, y tenía muchos amigos en la escuela. Tenía un mejor amigo en particular con el que siempre andaba dando vueltas aquí y allá jugando a todo, un amigo con el que compartía la comida y con el que veía las caricaturas en la tele. A veces jugaban a la casita y a veces a policías y ladrones. ¡Hasta a los trompos y a los tazos! Se querían mucho, y su amigo siempre lo consolaba. Pero ella no podía dejar de estar triste porque ya no tenía a sus papás. Además, había otros niños malos que la molestaban solo por ser huérfana. Pero su mejor amigo una tarde le recordó de la funeraria que sus papás le dejaron. «¿Y si trabajamos allí como hacían tus papás?», le preguntó. «¿Para qué?», había preguntado ella. «Para que ganes dinero y puedas comprarte muchas cosas», le respondió su amigo, «y tus papás también trabajaban aquí. Así los vas a honrar pa' que vean desde el cielo que sigues siendo igual de trabajadora». Ella se emocionó y aceptó entusiasmada la propuesta. Todavía recuerdo que se iban a trabajar todas las mañanas durante las vacaciones. Se ponían en el mostrador y esperaban a que llegara gente. Mientras tanto jugaban y se divertían entre ellos, pero siempre esperaban que alguien cruzara la puerta de la funeraria. Nadie, por supuesto, llegaba nunca para solicitar su servicio, y sin embargo muchas personas del pueblo querían convencerla de que se fuera y dejara el lugar en paz, que sería lo mejor para ella. Pero la niña tenía muy metida en la cabeza la idea que su amigo le había dado, y siempre se negó. Bueno, pues pasó más de un mes, y la niña y su amigo jamás tuvieron un solo cliente —en este momento me detuve, y miré a los niños que tenía delante, primero a uno y luego a otro. El cielo estaba oscureciéndose, pero eso no pareció importarles. Estaban muy atentos.

—¿Y luego? —preguntó uno de ellos.

Me aclaré la garganta. Ahora tenía un montón de dudas, ni siquiera creía que los niños entenderían una sola palabra de lo que les estaba diciendo. Pero se veían entretenidos, y ansiosos también, pues todavía esperaban escuchar mi consejo para que «la fantasma» de la funeraria no los acosara.

Tuve de pronto un momento extraño de lucidez tras tener este pensamiento infantil, y sonreí.

—Bueno, pues obviamente los dos niños se pusieron muy tristes porque el plan no había salido como esperaban. Luego de muchos días la niña se cansó y decidió convertirse en una fantasma.

—¿Cómo así?

—Tal y como lo oyen. La niña le habló a su amigo de un buen plan para traer clientes. «¿Qué plan?», le preguntó él. «Me voy a convertir en fantasma», respondió la niña. «¡Cómo! ¿Por qué?», dijo él. «Quiero espantar a la gente, los voy a matar de un susto para que ahora sí vengan a mi funeraria», respondió ella. «¡Pero eso no está bien!», le dijo muy asustado su amigo. «No te preocupes, solo voy a espantar a los que se portan mal y los que me molestan. ¡Así van a aprender!». E hizo sin falta lo que se propuso a hacer, y hasta hoy sigue espantando a los niños que molestan su funeraria y su espíritu.

—¡Ay, no! —exclamó uno de los niños, empapado de sudor por el miedo.

—¡Se nos va a aparecer! —dijo el otro. Me incliné hacia ellos.

—Eso no va a pasar si se disculpan y dejan de molestar su propiedad.

—¡Perdóname, perdóname, perdóname! —comenzaron a decir los niños como si recitaran una oración con tal obediencia que hasta lástima me dieron.

—Ya con eso —les dije.

—¿Y si nos va a perdonar? —preguntó uno de ellos.

—Sí, no lo dudo —dije.

Y así terminó mi historia con este par de jóvenes. Jamás volvieron a molestar por aquí. De hecho, al poco tiempo la historia que les conté la transmitieron a todos los demás niños que vivían en este pueblo. La última vez que me vieron, esa misma noche frente a la funeraria, esperé a que se fueran y luego me volví hacia la vieja construcción, ya olvidada, y dije en voz alta: «Perdónalos, son solo niños». Me froté con el dorso de la mano las mejillas, pero luego esboqué una sonrisa irónica. «Sí, desde que me dijiste que querías volverte una fantasma, has cumplido bien. Esos que te molestaron se llevaron un buen susto que hasta entonces no se les ha pasado».